

Clemente de Alejandría. De la clínica del logos para la virtud del alma

Clemente de Alejandría. From the logos clinic for the virtue of the soul

Álvaro Luis López Limón¹

¹Universidad Autónoma de Zacatecas, email: limonyparra@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9708-5383>

Resumen: El presente artículo muestra los resultados de una investigación inscrita en el ámbito de la pedagogía. El escenario y punto de partida para situar nuestra empresa es el hecho de saber que la subordinación de la educación es cada vez mayor a los mecanismos de la economía de libre mercado; además de que, no se efectuará una reforma real de la educación si no se analizan a fondo los elementos para la edificación de la identidad profesional del educador, pensamos que una reforma substancial del sistema educativo entraña la reconstrucción de la identidad del educador desde la perspectiva filosófica, por tal motivo, nuestro objetivo es contribuir a develar la razón de ser del educador, es decir, poner al descubierto –frente al ocultamiento presente– su identidad, así cómo explicar las claves de constitución del acto educativo.

Palabras clave: Pedagogo, logos, voluntad, ley interior, identidad educativa.

Summary: This article shows the results of an investigation registered in the field of pedagogy. The scenario and starting point to situate our company is the fact of knowing that the subordination of education is increasingly greater than the mechanisms of the free market economy; besides that, a real reform of the education will not be carried out if the elements for the construction of the professional identity of the educator are not analyzed in depth, we think that a substantial reform of the educative system involves the reconstruction of the educator's identity from the perspective philosophical, for this reason our goal is to help uncover the educator reason to be, that is, to expose –in front of present concealment– his identity, as well as to explain the keys of constitution of the educational act.

Keywords: Pedagogue, logos, will, inner law, educational identity.

Recepción: 11 julio 2018

Aceptación: 15 diciembre 2018



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License

Introducción

Nuestro punto de partida tiene como condición de posibilidad y telón de fondo, dos escenarios-clave: primero, advertimos una transformación de la sociedad contemporánea que tiene su manifestación en las condiciones de reproducción social del capital; mutación que se expresa en la importancia, cada vez mayor, de la cultura y las imágenes para la economía desregulada que ha conducido hacia un insólito debate entre la economía, la educación y la cultura. Es evidente que la subordinación de la educación es cada vez mayor a los mecanismos de la economía de libre mercado. El segundo escenario se ocupa de los elementos fundamentales para la constitución de la identidad profesional del educador, entendiendo por identidad el horizonte de sentido que abarca la totalidad de las prácticas educativas, sabemos que interrogarnos por la identidad del educador es plantear el problema del sentido de su actividad; precisamente por ello, consideramos que el problema de la crisis del profesorado no es un desajuste, sucede más bien que esta interpretación –sobresaliente en el discurso educativo– oculta el problema real. Nuestra tesis-central, motivo del presente trabajo, es que la causa principal de la crisis educativa reside en el ocultamiento de la identidad profesional del educador, por tanto, no se efectuará una reforma real y efectiva de la educación si no se analiza a profundidad esta cuestión. Consideramos que una reforma substancial del sistema educativo entraña la reconstrucción de la identidad del educador. Que el primer paso para reconstruir la identidad docente, es la perspectiva filosófica, la relectura y el conocimiento pleno del discurso de los grandes pensadores de la educación. Por nuestra parte, hemos elegido, como punto de partida, la pedagogía de Clemente de Alejandría como un gran referente de la educación, asumida especialmente por San Agustín, de quien hablaremos en otro artículo. Ambos recogen además de la tradición judeo-cristiana, la tradición cultural griega –entre ellos a Platón. Nuestro objetivo es mostrar, con el apoyo de la hermenéutica crítica, la razón de ser del educador; es decir, dejar al descubierto –frente al ocultamiento presente– su identidad; ir más allá de dicho ocultamiento, y, por tanto, poner en claro las fuentes que hacen posible el acto educativo.

Expondremos por qué la Escuela de Alejandría se constituye en una de las fases más importantes de la historia de la educación cristiana. Pues, aunque cuenta con dos excelsos representantes –Clemente y Orígenes– es de nuestro interés el primero, porque su *Pedagogo* (Clemente de Alejandría, 1988), ha sido el que más influencia ha tenido, tanto como fundamento discursivo sobre el acto educativo como en autores posteriores. Nuestro interés a la hora de estudiar a Clemente de Alejandría (Tito Flavio Clemente, 150-215), no es buscar la forma literaria de sus escritos, ni el análisis de cuestiones particulares, sino su contexto de sentido. Hemos leído la estructura de su pensamiento como un todo, pues consideramos que estudiar a Clemente en sus aspectos doctrinales específicos (teoría de la Trinidad, teoría de la Encarnación, etc.) arroja solamente una perspectiva parcial, y, en consecuencia, no nos lleva al sentido último de su pensamiento, así como tampoco nos permite ver las influencias de otros autores. Así pues, el contexto que articula su discurso es, como sucede en la tradición griega, la educación (Jaeger, 1985). El edificio sobre el que sostiene su teoría educativa es una persona, el maestro, concretamente el

Pedagogo. Es importante comentar que el desarrollo y argumentos de nuestro trabajo esta subdividido en cinco momentos (*tras los pasos del logos, la luz del alma, encender la voluntad, el soplo divino, y, del asombro y la inocencia*) para la comprensión de la tesis de Clemente de Alejandría en tanto que una clínica del logos para la virtud del alma, esto es, el quehacer del pedagogo.

Tras los pasos del logos

Así
como para las enfermedades del cuerpo
se necesita de un médico,
así también las enfermedades del alma
precisan de un pedagogo que cure las pasiones.
Iremos después al maestro;
él guiará el alma pura para acoger la gnosis
y así sea capaz de recibir la revelación del Logos.
Y así es como el Logos,
amigo cabal de los hombres y
empeñado en conducirnos progresivamente a la salvación,
realiza en nosotros un bello y eficaz programa educativo:
primero nos exhorta;
luego, nos educa;
finalmente, nos enseña.

Clemente de Alejandría.

Situemos con precisión la obra de Tito Flavio Clemente de Alejandría y establezcamos los conceptos y categorías explicativas. Las tres obras principales de Clemente están regidas por la idea del *Logos*. En *El Pedagogo* distingue tres funciones de un mismo Logos (Clemente, 1988, pág. 43): el Logos-*Protréptico* exhorta a la salvación; el Logos-*Consejero y Consolador* educa a la humanidad –actuando en calidad de terapeuta y de consejero, aconseja (...), (y) promete la curación de nuestras pasiones. Démosle, pues, el único nombre que naturalmente le corresponde: el de *Pedagogo*–; y el Logos-*Maestro* expone y revela

la verdad. *El Pedagogo* es la continuación del *Protréptico* y expone la función educativa que lleva a cabo el Logos *Consolador y Consejero*. El Logos aparece ahora como el pedagogo de los que ya han adoptado la forma de vida cristiana. Una vez que el hombre se ha introducido en el ideal de vida cristiano –objetivo del *Protréptico*–, le espera un largo camino de formación en el nuevo ideal de vida. Este entrenamiento para alcanzar un modo superior de vida–formación, es llevada a cabo por la compañía, vigilancia y cuidado del Pedagogo:

Pero ahora, actuando (el Logos) sucesivamente en calidad de terapeuta y de consejero, aconseja al que previamente ha convertido y, lo que es más importante, promete la curación de nuestras pasiones. Démosle, pues, el único nombre que naturalmente le corresponde: el de *Pedagogo*. [Sin embargo,] el Pedagogo es educador, no experto, no teórico; su objetivo es la mejora del alma, no la enseñanza, como guía que es de una vida virtuosa, no erudita (Clemente, 1988, pág. 43).

Advertimos, ya desde el inicio del *Pedagogo*, que el sentido de la formación del hombre que propone Clemente está en la línea de la formación griega: *autodominio* del hombre, control de las pasiones, y en última instancia, querencia del bien. El Pedagogo realiza una obra de transformación del hombre, lo hace libre, libre hasta de sí mismo, para que una vez renovado tenga capacidad de abertura a la realidad.

Este efecto de la formación lo expresa el mundo griego con el concepto *mejora del alma, vida virtuosa* (“educación de la virtud”), y es el que profundiza el Pedagogo. Clemente describe la misión del Pedagogo como *curación del alma* (Banquete 188c). El Pedagogo es, pues, terapeuta y médico.

Clemente nos habla de dos métodos que utiliza el Pedagogo para la curación del alma: el primero exhorta, y es el método que conduce a la obediencia (género parenético); el segundo, invita a seguir una vida recta proponiendo ejemplos de vida. (Clemente, 1988, pág. 43) Este último método tiene dos formas: ejemplos para apartarse de la mala vida y ejemplos para seguir una vida recta. Llama la atención que Clemente omita la referencia expresa a la moral como conjunto de normas externas a seguir, y utilice la referencia a la *imitación de un modelo*; recuérdese que la idea del modelo es característica de Platón; evidentemente, para Clemente el modelo es Jesús. En todo caso, la moral cristiana es entendida como el “seguimiento” de un modelo de hombre. El objetivo de estos métodos, centrados en la idea de la “imitación”, es *la curación de las pasiones*.

De esto [de la aplicación de los dos métodos] se sigue la curación de las pasiones. El Pedagogo, con ejemplos consoladores, fortalece el alma; y, como si de dulces remedios se tratara, con sus preceptos, llenos de calor humano, cuida a los enfermos conduciéndoles hacia el perfecto conocimiento de la verdad. Salud y conocimiento no son lo mismo; aquélla se obtiene por la curación, éste, en cambio, por el estudio (Clemente, 1988, pág. 43).

En síntesis, El Pedagogo realiza un “programa educativo” con el objetivo de dar salud al hombre. La finalidad de su actividad es producir salud, y por eso el Pedagogo es terapeuta y médico, guía del alma (hacia la verdad).

Así como los enfermos del cuerpo necesitan un médico, del mismo modo los enfermos del alma precisan de un pedagogo, para que sane nuestras pasiones. Luego acudiremos al maestro, que nos guiará en la tarea de purificar nuestra alma para la adquisición del conocimiento y para que sea capaz de recibir la revelación del Logos. De esta manera, el

Logos –que ama plenamente a los hombres–, solícito de que alcancemos gradualmente la salvación, realiza en nosotros un hermoso y eficaz programa educativo: primero, nos exhorta; luego, nos educa como un pedagogo; finalmente, nos enseña (Clemente, 1988, pág. 43-44).

No obstante, el remedio de la enfermedad, que, para nuestro contexto, es la ignorancia, es *una persona*, el Logos. Para Clemente, el Pedagogo es el Logos, y el Logos es Jesús. Jesús, no sólo es un maestro más, sino el Maestro, el modelo perfecto. En conclusión, aunque la intención de la enseñanza es la regeneración del hombre, lo decisivo del proceso de enseñanza, según Clemente, es el giro del hombre hacia el Maestro. El Pedagogo es quien encarna, en persona, aquello que hay que transmitir, el contenido de la enseñanza. Lo decisivo, pues, es la vuelta hacia el Maestro. De igual modo que la condición de posibilidad de que el hombre sane físicamente es ir al médico, la salud espiritual dependerá del Pedagogo. Subrayo, he aquí la clave de la intencionalidad de la obra de Clemente, que no es el resultado de una reflexión puramente conceptual, sino el eje principal de sus vivencias.

Una observación fundamental es que los padres de Clemente eran paganos y cuando se convierte (nada sabemos de la fecha) viaja continuamente para recibir instrucción de los maestros cristianos más renombrados. Él mismo dice que tuvo el privilegio de escuchar a varones bienaventurados y verdaderamente notables. El acontecimiento más importante de su vida fue llegar a Alejandría y encontrar al maestro Panteno, al que sucederá en la escuela de catecúmenos (Quasten, 1968). De Panteno no dirá, y con esto damos paso a nuestro siguiente apartado: Cuando di con el último [de mis maestros], el primero en realidad por su valor, a quien descubrí en Egipto, encontré reposo. Verdadera abeja de Sicilia, recogía el néctar de las flores que esmaltan el campo de los profetas y los apóstoles, engendrando en el alma de sus oyentes una ciencia inmortal (Merino, 1996-2005).

La Luz del Alma

Como sabemos Clemente mantiene dos elementos clave de la pedagogía clásica. En primer lugar, la finalidad de la enseñanza es llegar a ser un “tipo superior de hombre”. La enseñanza está referida a un ideal de hombre. En segundo lugar, la pieza esencial de la enseñanza es la persona misma del maestro. Y sin embargo habría que interrogarnos, ¿Cómo entiende Clemente la *comunicación* que, en definitiva, es el proceso de enseñanza? ¿Cómo concibe la *relación* entre el Pedagogo y su discípulo? Para definir *lo que* produce en el alma el conocimiento del bien superior (Logos) utiliza Clemente el término *iluminación*. Nos dice, “al ser regenerados, hemos recibido lo que es perfecto, lo que constituía el objeto mismo de nuestra afanosa búsqueda. Hemos sido iluminados; es decir, hemos conocido a Dios” (Clemente, 1988, pág. 63). Pero se cuida mucho de separarse de la doctrina de los gnósticos, definiéndolos como los que encuentran satisfacción en continuas querellas, lo que evidencia que subyacen dos modelos de pedagogía distintos y enfrentados. La actividad pedagógica del Logos, según Clemente, no se reduce en absoluto al nivel de las estructuras cognitivas del hombre. Su objetivo es calar al nivel más hondo del ser humano, llegar a los niveles previos de la inteligencia, para renovar el mundo interior por entero. Dicho brevemente, la enseñanza pretende transformar al hombre. Y para cambiarlo, de raíz, ha de buscar el *compromiso interior*.

La enseñanza autoritaria o por la fuerza convierte al hombre en un hipócrita. En síntesis, renovar al hombre implica hacer posible que *quiera el bien y ame la verdad*. Y es posible la renovación real y

efectiva porque, según Clemente, el hombre tiene esa capacidad de bien y de verdad. Clemente dice que el hombre posee semillas de resplandor eterno, es decir, *semillas de la Luz*.

Esta mixtura [semilla] de resplandor eterno es capaz de ver la luz eterna, pues lo semejante es amigo de lo semejante; y lo santo es aquello de aquel de quien procede la santidad, que recibe con propiedad el nombre de luz: Porque vosotros erais en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor, de ahí que el hombre, entre los antiguos, fuera llamado, según creo, “luz” (Clemente, 1988, pág. 66).

Pero hay que subrayar que Clemente no considera al hombre como un ser pasivo ante el Logos. No es un mero receptáculo. El hombre recibe, sí, al Logos, pero el Logos es Pedagogo, de modo que hace posible que, en esa recepción, se produzca una afirmación y una potenciación de las capacidades humanas, restituyéndolas a su lugar debido: la comunicación divina, tal y como fue creado (*hombre originario*). Todo renacer –como en lo clásico– supone una afirmación del hombre y de sus posibilidades espirituales, para hacer frente a su destino. Por eso nos dice que, la obra que realiza el Pedagogo es despertar del sueño, *liberar el ojo del espíritu* (Platón, 1988), hacer *girar* el espíritu hacia la luz.

Como aquellos que, sacudidos del sueño, se despiertan en seguida interiormente, o mejor, como aquellos que intentan quitarse de los ojos las cataratas, y no pueden recibir la luz exterior, de la que se ven privados, pero, desembarazándose al fin de lo que obstruía sus ojos, dejan libre su pupila, así también nosotros, al recibir el bautismo, nos desembarazamos de los pecados que, cual sombrías nubes, obscurecían al Espíritu Divino; dejamos libre, luminoso y sin impedimento alguno *el ojo del espíritu*, con el único que contemplamos lo divino, ya que el Espíritu Santo descende desde el cielo para estar a nuestro lado (Clemente, 1988, pág. 66).

Este es el sentido de la *iluminación* en Clemente. La iluminación no es puramente sentimental, ni espiritualista, desligada del mundo y del cuerpo. Es una potenciación de todo el hombre. Otorga un poder *en forma de conocimiento* ya que el conocimiento está en la iluminación, para luchar contra el principal mal del hombre: la ignorancia:

La oscuridad es la ignorancia, por la que caemos en el pecado y nos cegamos para alcanzar la verdad. El conocimiento, por tanto, es la luz que disipa la ignorancia y otorga la capacidad de ver con claridad (Clemente, 1988, pág. 68).

Esta claro que esa forma superior de conocimiento es la fe. Pero aquí lo importante es advertir que la fe, es *conocimiento*, en su sentido clásico, es decir, salud. Ya incluso el Apóstol (Pablo) ha explicado con precisión que la fe es la única y universal salvación de la humanidad, por ello, su intención es hacer al hombre –en pocas palabras– más hombre.

Encender la Voluntad

¿En qué consiste la iluminación del alma? ¿Qué giro introduce el Logos, en calidad de Pedagogo, en ese proceso de iluminación? Pues enciende en el hombre su capacidad de *querer el bien* (voluntad) y su capacidad para *amar la verdad* (entendimiento). El Logos es una palabra ofrecida al entendimiento y a la voluntad humana. Pero un ofrecimiento que no es imposición por miedo o por obligación, sino seducción por iluminación. El Logos es palabra que “enciende” el interior del hombre (intra-yo) y lo impulsa a la conquista de sí mismo, y, desde ahí, al descubrimiento del mundo en toda su realidad, es

decir, en verdad y en bondad. ¿Es que no os dais cuenta de que ya no estamos bajo esta ley, bajo el yugo del temor, sino bajo el Logos de la libertad, el Pedagogo? (Clemente, 1988, pág. 69).

A esa libertad interior la llama Clemente *revestirse* de la incorruptibilidad de Cristo, y es que son pequeños, sin duda, los hijos de Dios, pues han depuesto al hombre viejo, se han quitado la túnica de la maldad y se han revestido de la incorruptibilidad de Cristo. Los que se revisten de Cristo son los dóciles al Logos. Los dóciles a Cristo son engendrados por el Logos, de modo que pueden ser llamados “hijos de Dios”, por adopción. Hagamos un ejercicio de entrelazamiento de esta idea.

El Padre (...) se convirtió él en alimento espiritual para los que practican la virtud. (Clemente, 1988, pág. 79) El alimento es el mismo Logos (Clemente, 1988, pág. 80), y los alimenta con leche y miel, es decir, con su cuerpo y su alma, un conocimiento y una ilusión, la fe y la esperanza: la fe es su cuerpo; la esperanza, su alma. (...) La esperanza, en realidad, es la sangre de la fe; gracias a ella y al alma se conserva la fe. Y si la esperanza se desvanece, a modo de un flujo de sangre, la vitalidad de la fe desaparece (Clemente, 1988, pág. 77). En última instancia, el conocimiento del Logos es un alimento que da nueva vida al hombre. Celebremos este ¡Extraordinario misterio! Se nos manda despojarnos de la vieja corrupción de la carne – como también del viejo alimento– y seguir un nuevo régimen de vida: el de Cristo; y, recibéndolo, (...) para destruir así las pasiones de la carne (Clemente, 1988, pág. 80).

Esta nueva forma de vida con que se reviste el hombre es, lo que sin duda puede ser llamado, un *giro en la voluntad*. Y así se podría decir, yo tengo un alimento que vosotros no conocéis; mi alimento consiste en cumplir la voluntad del que me ha enviado. La Escritura prefigurará este nuevo modo de estar-en-el-mundo, y, en definitiva, este nuevo modo de ser, con varias alegorías, alimento, carne, comida, pan, sangre, leche.

Que la sangre es el Logos lo atestigua la sangre del justo Abel, que clama a Dios. (...) Aquel justo antiguo era figura del justo nuevo, y la sangre antigua hablaba por boca de la sangre nueva. Quien clama a Dios es la sangre, que es el Logos, pues revelaba el Logos destinado a sufrir (Clemente, 1988, pág. 84).

Subrayo esta referencia porque la experiencia de la injusticia es, como en Platón (1988), la clave de la opción por una “buena voluntad” y de la confianza en el hombre. Este texto hace referencia a lo que dice la Escritura en otro lugar: *Los que tienen hambre y sed de justicia, bienaventurados*. La libertad, como forma suprema de ser en el mundo, es un modo de vida comprometido con la vida del hombre y contra todo lo que la degrada: la mentira y la injusticia. Y, a pesar de ver que la injusticia triunfa en el mundo y que la mentira sale victoriosa, es posible el bien, es posible que el hombre siga queriendo el bien.

El Pedagogo hace posible que el hombre busque la verdad y quiera el bien, aún a pesar de la injusticia: “Si se cree perfecto (el que ha adoptado la forma de vida cristiana) es por haber abandonado su vida anterior y porque tiende a una vida mejor. Se considera perfecto, no en el conocimiento, sino porque desea la perfección” (Clemente, 1988, pág. 89).

Este es el aprendizaje que se realiza en el interior del hombre, en compañía del Logos. Es evidente que no es fruto de un conocimiento puramente intelectual, sino de un conocimiento cordial, acompañado siempre por el cuidado del Pedagogo. Así, pues, el iluminado no es el que está ya salvo y fuera de los peligros de este mundo, como afirmaba el gnosticismo, sino el que opta por un largo y sinuoso camino,

el de la forja tenaz de su espíritu en la buena voluntad.

El Soplo Divino

Ahondemos aún más en esa nueva forma de vida, tarea del Pedagogo en el alma, pero con una nueva imagen. Clemente define también al Logos como ley interior del alma. Reformula así la imagen de la voz de la conciencia de Sócrates, interpretada por Platón como tendencia hacia Dios: el hombre tiene algo dentro de él que es propio de Dios. En Clemente, el punto de unión entre la tradición griega y la cristiana es: el hombre ha sido moldeado por Dios mismo, tiene un “soplo” de Dios.

Las otras realidades de su creación las hizo Dios sólo con una orden; al hombre, en cambio, lo ha modelado con sus propias manos y le ha inspirado algo propio de Él. (Clemente, 1988, pág. 47) Si el hombre es por sí mismo un ser digno de elección, Dios, que es bueno, ha amado a este ser bueno; el especial atractivo está dentro del hombre, y precisamente por eso lo denomina “soplo de Dios”. (Clemente, 1988, pág. 47) Así pues, el hombre que Dios ha creado es digno de elección por sí mismo (...). El hombre, según hemos demostrado, es un ser digno de ser amado; por consiguiente, el hombre es amado por Dios (Clemente, 1988, pág. 48).

El optimismo clásico ante las posibilidades humanas es reafirmado por Clemente mediante la idea de la Creación. El espíritu del hombre posee una *huella*, un *soplo*, que es el mismo Espíritu de Dios que lo enseña y guía desde lo más hondo de su ser. El Logos es, pues, la ley interior del hombre: es una ley que no obliga exteriormente, pero tampoco infunde temor. Es, más bien, una *verdad* que acompaña, que respeta el proceso de crecimiento y de asimilación del alma, y que “persuade” hacia una vida mejor. Y casi, como si escucháramos a Platón en el Mito de la Caverna, Clemente nos dice:

Aprisionados en la vida como en una gran penumbra, necesitamos un guía infalible y certero. Y, como dice la Escritura, no es el mejor guía el ciego que lleva de la mano a otros ciegos hacia el barranco, sino el Logos de mirada penetrante, que conoce a fondo los corazones (Clemente, 1988, pág. 49).

Tal parece que Clemente se dirige explícitamente contra la Ley externa de los judíos y contra el temor. La pedagogía de Jesús no es la del temor, sino la de la persuasión: *girar* el alma dando las condiciones de posibilidad para que el hombre, desde dentro, desde sí mismo, desde el fondo de su voluntad, quiera el bien. Expresándolo de la siguiente manera, “El Logos, al encarnarse, ha dejado bien claro que la misma virtud es la que dirige la vida práctica y la contemplativa. Si tomamos, pues, el Logos como ley, comprobaremos que sus preceptos y enseñanzas son camino corto y rápido que nos llevará a la eternidad, pues sus mandatos rebosan persuasión, no temor” (Clemente, 1988, pág. 49).

Del Asombro y la Inocencia

Ahora bien, si el ideal de vida cristiano depende de un giro de la voluntad. ¿En qué consiste ese giro? ¿Qué virtud es, en definitiva, la que es encarnada en la interioridad? Lo que, en concreto, trata de educar-formar el Pedagogo en el hombre es una voluntad sencilla e inocente. Para explicar esto Clemente hace referencia al *espíritu de niño* del Evangelio. Dice que, para el Evangelio, el *niño* es el hombre de *espíritu sencillez e inocente*. (Clemente, 1988, pág. 53) Otras veces la Escritura se refiere a esta sencillez de espíritu con la imagen de la crianza, veámoslo:

Como el pájaro lleva bajo sus propias alas a sus polluelos, esto mismo somos nosotros: los

polluelos del Señor. De esta forma tan admirable y misteriosa el Logos subraya la simplicidad del alma en la edad infantil. [...] Una vez nos llama niños; otras, polluelos; otras, niños de pecho; otras, hijos; a menudo, criaturas, y, en ocasiones, un pueblo joven y un pueblo nuevo. Y dice: A mis servidores les será dado un nombre nuevo; llama nombre nuevo a lo reciente y eterno, puro y simple, infantil y verdadero. Y este nombre será bendito en la tierra (Clemente, 1988, pág. 54).

Ese componente “joven y eterno” puede interpretarse como esa tendencia hacia el Bien (Platón), o como espíritu sencillo (Clemente), o como la humildad (San Agustín). Y el protagonista de esta acción es el Pedagogo. Es su acción la que forma al hombre. Él es el ejemplo de humildad y sencillez, a imitar. Es el que “doma” nuestro espíritu hacia la sencillez:

Nuestro divino domador nos cría a nosotros, sus niños, tal como a jóvenes potros (...). “Y a su potro, dice la Escritura, lo ha atado a la vid”; a su pueblo sencillo y pequeño lo ha atado al Logos, alegóricamente designado por la vid: ésta da vino, como el Logos da sangre, y ambos son bebidas saludables para el hombre: el vino para el cuerpo, la sangre para el espíritu (Clemente, 1988, pág. 55).

La idea de la doma, como la de crianza, hace referencia a la educación y, en concreto, a la formación de un espíritu de sencillez. Y Clemente se cuida de subrayar que esa forma de vida no es para alejarse del mundo, sino para insertarse en él. Por eso insiste en que Cristo es el Pedagogo de toda la humanidad, (Clemente, 1988, pág. 54) pues para él, el cristianismo es una propuesta de sentido para el mundo.

Frente a las propuestas gnósticas, el cristiano es el que vive en este mundo con la mirada puesta en lo sustantivo de la vida. Y, como forma de cultura, se siente consciente de un ideal de vida superior, y de un proyecto de sociedad.

Discusión

*Erguidos hacia lo alto,
merced a nuestra inteligencia,
desprendiéndonos del mundo y de los pecados,
“apenas tocando tierra con la punta del pie”
–por más que parezca que estamos en este mundo–,
perseguimos la santa sabiduría.*

Clemente de Alejandría.

Ya para finalizar, diremos que la enseñanza es entendida como un proceso de *formación*, en sentido clásico, es decir: como un camino (seguimiento) hacia un alto ideal de vida (por la senda de la perfección). Así, pues, el sentido del proceso de la enseñanza está referido a un “modelo de hombre”. Ya que el ideal de vida –que se transmite en el proceso de enseñanza-aprendizaje– está encarnado en la persona del Pedagogo.

La enseñanza es un *proceso* que se realiza *en compañía y cuidado* del Pedagogo. No es, pues, un camino referido exclusivamente a las estructuras cognitivas del sujeto, sino, ante todo, al “saber” del Pedagogo. Éste es médico y consejero del alma. Es decir, lo que constituye la enseñanza no son las estructuras cognitivas del sujeto. La estructura cognitiva es condición necesaria de la enseñanza, pero no suficiente. Ya que la “condición” necesaria para que exista enseñanza –razón suficiente– es que el “modelo de hombres” –al que está referida la educación– esté encarnado en la persona del maestro. El *ejemplo* de vida (*imitación, mimesis*) es la categoría pedagógica central. En consecuencia, el “proceso” de enseñanza es *seguimiento*. Pero, cuidado, aunque es la persona del maestro la que hace que la enseñanza sea tal, el protagonista de la educación es *el proceso* mismo, es decir, el camino hacia el conocimiento del Logos. Platón diría que el protagonista es la búsqueda de la verdad. “Formar” al hombre es librar su espíritu de la ignorancia; de este modo, el camino de la libertad es la verdad. Por eso, enseñar es cultivar –cuidar, sanar, fortalecer– las “semillas” de la verdad que habitan en el si mismo, en el interior del ser. Este cuidado –formación– produce la afirmación y potenciación del hombre. Y su meta es *conocer a Dios* (iluminación), es decir, recibir (encarnar) la misma vida divina: “revestirse de la vida de Cristo”.

Clemente comienza el camino de radicalización de dos aspectos centrales de la teoría educativa. En primer lugar, lleva a su máxima expresión la identificación entre misión (educación) y persona (Jesús de Nazaret), hasta el punto de identificar el “modelo de hombre a imitar” con la misma “Persona” del Logos. El Pedagogo es, además de educador, el modelo de hombre a imitar. En segundo lugar, el camino de la interioridad. Platón radicalizó la dimensión espiritual del hombre sobre la material y corporal, pero

Clemente –y sobre todo Agustín–, radicalizan la dimensión interior del hombre (interioridad o yo interior), llevando, pues, a sus últimas consecuencias las posibilidades de la libertad del hombre.

En suma, Clemente de Alejandría elabora una clínica del logos para construir la virtud del alma.

Referencias bibliográficas

- Agazzi, A., *Historia de la filosofía y la pedagogía*, Alcoy, Ed. Marfil, 1966 (3 vols.).
- Clemente de Alejandría, *El Pedagogo*, Madrid, Ed. Gredos, 1988.
- Fernández Ardanaz, S., *Génesis y anagénesis. Fundamentos de la antropología cristiana según Clemente de Alejandría*, Vitoria, Ed. Eset, 1990.
- Galino, M.A., *Historia de la educación*, I, Madrid, Gredos, 1960.
- J. Quasten, *Patrología I*, Madrid, BAC, 1968.
- Marrou, H.-I., *Historia de la educación en la antigüedad*, Madrid, Akal, 1971.
- Merino Rodríguez, M. *Stromata*, Ciudad Nueva, Madrid 1996-2005
- Platón. Diálogos IV. *La República*, editorial, Gredos 1988.
- R. Trevijano, *Patrología*, Madrid, BAC, 1994
- Werner Jaeger, *Cristianismo primitivo y Paideia griega*. Ed. FCE, 1985.

Álvaro Luis López Limón

Docente-Investigador de la Universidad Autónoma de Zacatecas "Francisco García Salinas," desde marzo de 1982, con una carga de trabajo base: Tiempo Completo más diez horas adscrito a la Unidad Académica de Estudios de la Humanidades (Doctorado en Estudios Novohispanos) y a la Unidad Académica de Psicología (Área de Psicología Social).

Formación Académica. Licenciado en Economía (1982), Especialidad en Docencia Superior (1995) Maestría en Ciencias Sociales (2003), estudios de Maestría en Filosofía e Historia de las Ideas (2005), Doctor en Humanidades y Artes (2016) por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Perfil PROMEP desde 1997 a la fecha. Ratificación de perfil PRODEP 2016-2018. Actualmente es parte del Cuerpo Académico CA-UAZ-172. Teoría, Historia e Interpretación del Arte, LGAC – Docencia, Interpretación e Investigación en las Arte.